

las mismas ideas que todos sus predecesores, aunque viven bajo nuevas influencias? Que crea el pueblo como los jefes de la doctrina porque los considera infalibles, en hora buena; pero ¿cómo conservarían la unidad de la doctrina esos mismos jefes, sino guiados por un espíritu superior, inmutable é infinito? Reconozcamos, Señores, en esta armonía de los hechos con los principios el carácter divino, única cosa que puede explicarlo. Debe haber en el mundo una autoridad con destino á enseñar; esta autoridad debe poseer los mas altos caracteres de certidumbre ó de autoridad moral, y además debe ser infalible, á fin de poder exigir la fe de aquellos á quienes enseña, y que no pueden ser jueces de la doctrina. Ahora bien, solo la Iglesia católica enseña á todo el género humano, ó al menos solo ella lleva el carácter de la catolicidad; solo ella posee en el mas subido punto todos los caracteres de la certidumbre moral; solo ella se ha atrevido á llamarse infalible, y la historia de su doctrina prueba en efecto por su admirable é incomprensible unidad que ha recibido este don precioso, por el cual se ha restablecido la union primitiva de los hombres con la verdad. En cualquiera otra parte encontraremos ideas locales, variables, contradictorias, olas que suceden á las olas; mientras la Iglesia católica se parece al Océano, que ciñe y baña todos los continentes.

SERMON CUARTO.

Del Jefe supremo de la Iglesia.

Fundada la Iglesia católica sobre la unidad, como lo hemos visto en el discurso relativo á su constitucion, naturalmente se sigue que la fundacion de esta unidad sobre el terreno movedizo del mundo, ha debido ser para Dios objeto de un especial cuidado; y si es magnífico seguir su Providencia con relacion al último de los hombres, ¿cuánto mas lo sera seguirle en el establecimiento de esa roca imperecedera, que por un juego sublime de palabras ha llamado *Piedra*, declarando que aquel que tropezase con ella seria aniquilado? Hoy me propongo estudiar con vosotros la fundacion del papado, persuadido de que la divinidad de la Iglesia se muestra aquí de lleno, y de que no os costará ningun trabajo reconocerla.

Dos cosas llevaba consigo el papado ó la soberanía pontifical: la supremacía espiritual y la independencia temporal. Sin la supremacía espiritual, venia á ser la unidad una quimera; sin la independencia temporal, no era la supremacía otra cosa que el cautiverio de la verdad, circunscrita á un solo hombre, entregado este á merced de un emperador, de una república ó de cualquier otro poder humano. Era pues preciso, por una parte, que la supremacía fuese siempre visible é incontestable, y además que se pudiese ejercer libremente, á pesar de los obstáculos de todas clases que debía encontrar. Manifestacion de la supremacía pontifical; establecimiento de su independencia; hé aquí dos puntos capitales, correlativos el uno al otro, sin los que la unidad de la Iglesia no podia subsistir en el mundo, y á los cuales Dios ha debido proveer por consiguiente de una manera tanto mas digna de atencion, cuanto que la obra era mas necesaria á la par que mas difícil, vista la naturaleza de las sociedades humanas y de las pasiones, en medio de las cuales debia colocarse tan inmenso poder. Vamos, Señores, á recorrer un vasto camino: obligados nos veremos á omitir muchos pormenores; pero tambien veréis no poco de asombroso para percibir el dedo de Dios, y concebir el deseo de estudiar mas profundamente ese grande abismo de la eterna sabiduría.

La supremacía espiritual del soberano pontífice había sido fundada por Jesucristo con tres palabras célebres, y en tres memorables circunstancias. Paseándose un día por Galilea con sus discípulos, se paró y les dijo: *¿Qué dicen de mí los hombres? Y los discípulos respondieron: Unos dicen que sois Juan Bautista; otros que sois Elías; otros que Jeremías ó uno de los profetas. Entonces les dijo: Y vosotros ¿qué decís de mí? Y Pedro respondiendo le dijo: Sois el Cristo, hijo de Dios vivo. Y Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que tú ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos (1).* Y en la última cena, volviéndose de repente hácia Pedro, le dijo: *Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para cernerlos como trigo: mas yo he rogado por tí, para que no falte tu fe, y tú una vez convertido confirma á tus hermanos (2).* Por último, despues de su resurrección Jesús dijo un día á Pedro: *Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos? Pedro le responde: Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Le dice segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Le dice tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque le había dicho la tercera vez, ¿me amas? y le respondió: Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo. Y Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas (3).*

Ved aquí, Señores, las tres palabras sagradas sobre las cuales está fundada la supremacía de Pedro.

En virtud de estas eminentes palabras, Pedro, inmediatamente despues de la ascension del Salvador, ejerció su prerrogativa apostólica: él fué quien se levantó en el cenáculo para que se eligiera un apóstol en lugar de Judas; él fué el primero que despues de la venida del Espíritu Santo anunció la palabra divina á los Judíos; él fué el primero que llamó á las naciones á la fe en la persona del centurion Cornelio; él fué el que hizo el primer milagro, dejando

(1) S. Mateo, cap. 16, vers. 13 y siguientes. — (2) S. Lucas, cap. 22, vers. 31 y 32. — (3) S. Juan, cap. 21, vers. 15 y siguientes.

muertos á sus piés á Ananías y á Sáfira por haber mentido al Espíritu Santo; él fué el primero que tomó la palabra en el concilio de Jerusalem, y propuso lo que convenia resolver acerca de las observancias de la ley antigua: donde quiera se mostraba á las claras su supremacía.

Pero se necesitaba una sede: forzoso era fijar en alguna parte la cátedra de S. Pedro; era preciso determinar un lugar donde permaneciese en completa independencia. ¿Y cuál sería este lugar? Entre el mar Tirreno y las ennegrecidas cumbres del Apenino, al rededor de algunas colinas, un puñado de bandoleros habían construido sus cabañas: al echar los cimientos de sus primeros baluartes hallaron una cabeza ensangrentada, y el oráculo había vaticinado que aquella ciudad sería la capital del universo. Con efecto, si aquellos bandoleros hubiesen poseído mapas geográficos, y tomando un compás le hubieran abierto á trescientas ó cuatrocientas leguas de radio, habrían visto que formaban el centro de una multitud de pueblos de Europa, de Asia y de Africa, de todos aquellos cuyas extremidades bañan las olas del Mediterráneo; pero en vez de tender un compás, tendieron una mano de hierro en torno suyo, é inauguraron un imperio que debía tener por límites el Océano, el Rin, el Eufrates y el Atlas. Al cabo de 700 años, despues de haber destruido la nacionalidad de todos sus vecinos, hartos de sangre, de despojos, de gloria y de orgullo, aquellos bandoleros, formando la primera nacion del globo, depositaron su arrogante república en manos de un solo soberano..... y este soberano vivía, cuando S. Pedro deliberaba en qué lugar del mundo debería fijar su silla apostólica. ¡Lo creeríais, Señores! ante los ojos de aquel soberano que solo con una mirada hacia temblar la tierra, dentro de su ciudad y en las gradas de su trono fué S. Pedro á establecer su cátedra, y á buscar su independencia; pero ¿qué podría obtener en semejante lugar, aspirando á un dominio mucho mas vasto y extenso que el de los emperadores romanos? ¿qué independencia? No se ocupa de ella, Señores, la lleva consigo; lleva la independencia del que no teme morir por la verdad, la independencia del martirio.

Entre los pontífices sus sucesores, solo se encuentran dos en el espacio de tres siglos que muriesen en su lecho, y eso porque los años se dieron mas priesa que sus verdugos. De modo que la primera corona del papado fué la corona del martirio; su primera independencia, la independencia que da la muerte al que la menosprecia. Convenia que el poder de la Iglesia se inaugurase con tan

prolijos dolores : sin duda debería tener la verdad el derecho de penetrar en los imperios sin pagar en sus aduanas el tributo de su sangre; pero Dios quiso manifestar cuán útil le es á un hombre padecer, cuando pretende llevar la verdad á los hombres, y determinó esa serie de sucesos en virtud de los cuales, por espacio de tres siglos, la Iglesia y el primer apóstol á su cabeza, dieron su sangre con el fin de probar que no engañaban al mundo cuando anunciaban que eran portadores de una palabra de lo alto. Hoy cualquier niño que sale de las escuelas se cree con el derecho de enseñar la verdad á la humanidad entera, y si llegase á caer un solo cabello de su cabeza de 18 años, lo consideraría todo perdido, y no habría bastantes gritos que clamaran contra la tiranía. Por lo que hace á nosotros, se nos ha dado la muerte, largo tiempo la hemos recibido, y no nos hemos querellado sino con templanza, juzgando felices á los que morían así para glorificar á Dios y asegurar con su testimonio la fe de sus hermanos.

Pero ¿cómo se desarrolló la supremacía espiritual? ¿Por qué actos pudo manifestarse, mientras toda la Iglesia estaba sujeta á la ley del martirio? Parece que habia en esto un olvido de la Providencia, un descuido de las primeras reglas de la política. Pero Dios no juzga como los hombres : cabalmente porque los soberanos pontífices carecian de todo recurso humano para establecer su supremacía, debía ser esta mas auténtica y mas inmortal. Si ellos hubiesen contado con la proteccion de los Césares, se nos hubiera dicho que la Iglesia de Roma habia llegado á ser la primera por haberse asentado en la primera ciudad del Imperio y bajo la púrpura de los emperadores; pero encaminándose S. Pedro con el báculo en la mano á ser crucificado en Roma, así como sus sucesores por espacio de tres siglos, ninguna parte podía reclamar la influencia civil en el establecimiento del pontificado. Era preciso que el pobre anciano, encerrado en las tumbas que guarnecen las vías romanas, reinase sobre el mundo; era preciso que desde el seno de esas habitaciones mas bien de la muerte que de la vida, fuese obedecido su gobierno, que se le rindiese el homenaje de ser su silla la principal de todas, y de ser él príncipe de los pastores, y obispo de los obispos, como lo proclaman á porfía los mas ilustres Padres de la Iglesia. Pero tambien habia necesidad de actos imponentes que jamás pudiesen engañar á los ojos, á fin de suministrar irrecusables pruebas á las generaciones futuras. A fines del siglo segundo, se obstinan las Iglesias de Asia en celebrar la fiesta de Pascua el día 14 de la luna á

imitacion de los Judíos, al paso que los cristianos de Occidente la solemnizan el domingo siguiente á aquel día; y el papa S. Victor I los excomulga. En el siglo tercero S. Cipriano, obispo de Cartago, con un concilio de 60 obispos de Africa, decide que sean rebaptizados los hijos de los herejes; y S. Estéban I se opone á ello, amenaza fulminar la excomunion, y cede S. Cipriano aun siendo tan grande hombre. San Dionisio, patriarca de Alejandria, que era el primer patriarcado de Oriente, emite algunas proposiciones dudosas sobre la Trinidad : asustados muchos obispos se dirigen al soberano pontífice, y S. Dionisio se ve obligado á escribir al papa una carta apologética. Basta haber citado estos tres hechos notables; aquel período de la vida de la Iglesia duró hasta el siglo IV : aquí la Santa Sede toma un nuevo aspecto de existencia espiritual y temporal.

Ya era el mundo cristiano, pues lo habíamos vencido por la fuerza del martirio y de la gracia de Dios. Sube al trono de los Césares un príncipe que reconoce la religion, comprendiendo el cristianismo no solo como religion de la mayoría, sino como emanada de Dios para la salvacion de los hombres. Hace mas : por uno de esos consejos inexplicables segun el mundo, toma su trono y lo traslada á las extremidades de Europa, á las orillas del Ponto Euxino, á fin de dejar á la majestad pontifical toda aquella antigua Roma con su natural poder y su ilustracion indecible; lo cual verificado, ningun príncipe volverá á sentar su trono en la famosa Roma. Cuando Teodosio dividirá entre sus dos hijos el imperio de Oriente y el de Occidente, el emperador de Occidente no deberá reinar en Roma, sino en Milan. En vano aspirarán los Herulos y los Ostrogodos á establecer un nuevo reino de Italia, pues su capital ha de ser Ravena. En vano se acercarán á Roma los Lombardos, pues no debe ser allí su morada, sino en Pavía. Los reyes y los emperadores ya no irán á Roma sino como viajeros.

No obstante, de aquí no resultaba todavía una verdadera soberanía civil para el papado. Por el hecho de la desaparicion de los emperadores, no poseian los pontífices en Roma mas que una soberanía moral, de que usaron honrosamente, haciéndose guardianes del Occidente contra los Bárbaros. Nueve veces fué Roma tomada por asalto, y otras tantas fué por ellos levantada de sus ruinas, viéndoseles con el ascendiente de sus oraciones y de su presencia detener á sus puertas *el azote de Dios*.

Manifestábase al mismo tiempo la supremacía espiritual de uaa

manera no menos asombrosa. Había nacido una herejía formidable; se reúnen los obispos en Oriente, en ese Oriente donde naciera el cristianismo, y donde Jesucristo lo había consumado con su sacrificio; en ese Oriente donde se hallaba el centro de los negocios humanos por la traslación de la sede imperial á Constantinopla. Pues bien, ¿quién presidirá el primer concilio ecuménico, en que la Iglesia universal se encuentra representada por mártires que ostentan las cicatrices de sus combates? ¿Quién? El sucesor de S. Pedro, no en persona, sino por medio de sus legados, por un obispo español y dos simples sacerdotes. ¿Basta esto? No; el concilio remite sus actas á la Santa Sede para que las confirme, humillándose de este modo ante su supremacía la primera y la más augusta asamblea cristiana. Lo mismo sucederá en Éfeso, en Calcedonia, en Constantinopla; no cesarán de nacer herejías en Oriente, y el Oriente recurrirá al pontífice de Roma para extirparlas. Llegando á ser Constantinopla la ciudad imperial, lejos de aspirar al primer puesto, hará vanos esfuerzos por alcanzar el segundo; dos veces lo intenta en el primer concilio de Constantinopla y en el de Calcedonia: el papado será inflexible; sostendrá los derechos de las Iglesias de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalem, y todo el universo católico de acuerdo con él, señalará no más que el quinto lugar á la silla de Constantinopla. Estos hechos, más claros que el sol, estaban preparados por Dios, á fin de que todos pudiesen distinguir la preeminencia no disputada de la Sede apostólica.

Este estado de cosas, tal como acabamos de describirlo, duró desde Constantino hasta Leon Isáurico, por espacio de 400 años. En esta época el Occidente, que por un momento habían arrancado á los Bárbaros Justiniano y sus generales, había vuelto á caer en sus manos. Ya no se ocupaban de él los emperadores; no se ocupaban sino de una manera ridícula para propagar allí sus herejías favoritas, y uno de ellos puso en movimiento un ejército para arrancar de las iglesias las imágenes. ¡Insensatos! que no enviaban espadas contra los Bárbaros, sino contra las imágenes que pendían de las paredes. El Occidente estaba ya cansado de depender de Constantinopla, ciudad de las herejías, de las traiciones y de la vileza.

Dirigían los Romanos sus clamores al papa en solicitud de que la república romana saliese de sus ruinas; y por último, después que Gregorio II hubo avisado muchas veces al emperador por medio de cartas las más apremiadoras, el senado y el pueblo romano se declararon independientes, y constituyeron una especie de señorío, en

que el papa tuvo necesariamente mayor influencia que nunca. Se acercaba la hora en que su media soberanía, siempre fiel al deber y á la paciencia, iba á cambiar de índole, y á recibir, elevándose á mayor altura, la última consagración.

El golpe partió de Francia: en este país, por una excepción de las leyes generales, que apenas permiten la herencia del genio, había nacido Carlo Magno de un padre y un abuelo que formaban con él una triple generación de varones eminentes. Carlo Magno cumplió la obra de la Providencia en la constitución definitiva de la cristiandad, asentando el soberano pontificado en un puesto no disputado desde entonces entre los grandes poderes del mundo. El papa ya no fué ni súbdito independiente por el martirio, ni señor equívoco por el ascendiente moral, ni por la necesidad tutor del pueblo: fué lo que debía ser; soberano de un territorio *bastante extenso para la libertad, pero harto pequeño para la dominación*. Poco después el Oriente, manantial de todas las herejías, se separó del Occidente en lo espiritual, como lo había hecho en lo temporal, y sin querer, confirmó la supremacía de la Sede apostólica, dejando de formar parte de la Iglesia, puesto que cesaba de estar adherido al centro de unidad. El poder imperial en vez de trasladar á Constantinopla la sede de la vitalidad cristiana, solo alcanzó crear un cisma que deshonoró la iglesia griega, perdió el imperio, y puso más tarde aquella y este en poder de los Musulmanes; mientras que la Iglesia latina, apoyándose en el papado, convertía á los Bárbaros y trasladaba á Occidente el centro de los negocios divinos y humanos.

No era este, sin embargo, el último designio de la Providencia con respecto á la cátedra de S. Pedro: libertada del imperio romano y del bajo imperio, iba á encontrar nuevos peligros, haciendo resaltar en medio de ellos la milagrosa elevación que de Dios había recibido.

Del establecimiento político de Carlo Magno, mal sostenido por sus sucesores, resultó el feudalismo; el hombre llegó á ser el hombre de la tierra por la herencia de los beneficios, y el hombre del hombre por el juramento: siguieron los beneficios eclesiásticos la ley de los beneficios militares, y los obispos y los abades contrajeron por la investidura y por el juramento vínculos de vasallaje; llegó esta influencia hasta Roma, é impulsados los emperadores de Alemania por el curso de las ideas generales no menos que por su ambición, solo quisieron ver en el patrimonio apostólico una especie de gran feudo, desmembrado del imperio por la liberalidad de

Carlo Magno, si bien retenido en su dependencia por las leyes del feudalismo. Aspiraron al derecho de confirmar la eleccion del soberano pontifice, como tambien al derecho de conferir la investidura de los obispados y de las abadías por medio del báculo y del anillo, símbolos de la autoridad espiritual. De este modo la misma grandeza con que la Providencia distinguió al papado para asegurar su independencia, venia á ser el sepulcro de su libertad, y cada una de las fases sociales parecia querer dar un sangriento mentís al trabajo de Dios para fundar la verdad sobre la unidad. De sus relaciones con la institucion feudal se siguió en la Iglesia una confusion horrible. La simonia sembró por todas partes la corrupcion, y un papa escribia : « ¡ Infeliz ! Si miro en derredor, veo al Oriente » arrastrado por el diablo; y en el Occidente, en el Mediodía y » en el Septentrion apenas hallo un obispo que gobierne por el » amor de Dios, y para la salvacion de sus hermanos. »

Por este tiempo habia en la abadía de Cluny un monje llamado Hildebrando; este monje vió pasar por allí á un obispo de Toul, que iba á tomar posesion de la Silla apostólica por el simple voto del emperador. No pudo menos de decirle que no era lícito aceptar la dignidad pontifical de manos del poder temporal, y que si queria realzar la gloria de la Santa Sede, él, Hildebrando, se proponia llevarle á Roma, y hacer que fuese elegido legalmente por el pueblo y por el clero. « ¡ Pues qué, exclamaba indignado, mientras la » última mujer del pueblo puede desposarse libremente con su » prometido, no puede la esposa de Jesucristo elegir libremente el » suyo ! » Despues de dilatados servicios, subió al fin Hildebrando al trono pontifical, resuelto á defender su libertad hasta la muerte. Pero ¿ qué armas emplearía para emanciparse ? ¿ El martirio ? No da mas que una fuerza negativa, una fuerza de resistencia y no de ataque. ¿ La alianza de algun gran príncipe ? Ninguno pensaba en servir á Dios eficazmente. Menester era que Gregorio VII, considerando atentamente las ideas y las costumbres de su siglo, descubriese un remedio á los abusos que devoraban la cristiandad ; y encontró en efecto este remedio. Descansaba todo el feudalismo sobre el juramento, no tal como hoy se entiende, sino sobre un juramento que ligaba el corazon, el alma, la vida, los bienes, todo el sér humano. Gregorio VII comprendió que entregándose de esta manera, con tan completo abandono, era imposible que el juramento no tuviese una reciprocidad, y que si ligaba de abajo arriba, debia tambien ligar de arriba abajo. Además, el juramento era un

acto religioso, un acto cuya fuerza consistia en invocar el nombre de Dios en seguridad de la fe prometida, y que por consiguiente no podia servir de vínculo á la injusticia y á la opresion. Susceptible era, pues, de anulacion el juramento feudal política y religiosamente : políticamente, porque podia haber felonía del señor á su vasallo, ó del vasallo á su señor; religiosamente, porque el nombre de Dios no puede servir nunca de título para cometer el mal, un mal cierto, evidente y perseverante. Esta teoría tenia el mérito de ser sacada de las entrañas mismas del derecho público europeo ; pero aun no se la habia hecho servir á la emancipacion de la Iglesia : se necesitaban la perspicacia de un grande hombre para descubrirla, y el corazon de un santo para aplicarla : Gregorio VII era lo uno y lo otro. Murió en el destierro, *habiendo amado la justicia y aborrecido la iniquidad*, vencido en la apariencia, si bien galardonado en el porvenir por la libertad de la Iglesia, que fué la exclusiva tendencia de su vida y la causa de su muerte.

Las cruzadas atestiguaron muy pronto el triunfo del papado, y elevaron su ascendiente y su gloria hasta el mas alto punto por el magnífico uso que de su gloria y de su ascendiente hacia en provecho de la república europea.

Pero es peligroso elevarse aun con justicia y por medio de beneficios ; así es que se operó en los ánimos una reaccion sorda contra la Santa Sede, reaccion que se declaró con hechos y doctrinas que han ocupado los cinco últimos siglos de la historia. Me contentaré con indicarlos. En el siglo XIV, la mansion de los papas en Aviñon por espacio de 60 años; en el siglo XV el gran cisma de Occidente, que minó el respeto de los pueblos hácia el centro de la unidad; en el siglo XVI el protestantismo; en el siglo XVII el jansenismo, esa herejía desleal que nunca osó atacar á la Iglesia de frente, y se ocultó en su seno como una culebra; en el siglo XVIII, el racionalismo que se creyó bastante fuerte para atacar, no ya al vicario de Jesucristo, sino la obra y hasta la persona de Cristo. Por un momento pudo creerse todo perdido; de una extremidad á otra de Europa, todo era una vasta conspiracion contra el cristianismo, en la que los príncipes y sus ministros figuraban en primera línea. Conocido es el trueno que vino á desengañarlos : todos aquellos reyes que agasajaban á la filosofía supieron un dia que la cabeza del rey de Francia, el primer rey del mundo, habia caído delante de su palacio bajo el hacha innoble de una máquina..... Retrocedieron un paso delante de Dios : la república francesa les llevó otras noticias

de la Providencia; un soldado advenedizo les intimó sus órdenes; destruyó en los campos de Wagram hasta el nombre del Santo Imperio romano, por tanto tiempo adversario del papado, y habiéndose atrevido aquel mismo soldado á poner sus manos sobre la Santa Sede, víctima de las mismas faltas de que habia sido glorioso castigo, se le vió de repente apagarse como una estrella caída en las profundas y solitarias olas del Atlántico. Quedaba un hijo suyo, un hijo en que reflejaban sus facciones, su gloria y sus infortunios, alma juvenil en quien los recuerdos y las esperanzas rehacian cada dia la patria; pero su padre le habia adjudicado un nombre demasiado ominoso; *el rey de Roma* sucumbió bajo este peso como una flor preciosa y tierna que se encorva al peso de su rótulo, colocado en su tallo por la imprudencia de una mano amiga.

Hoy, Señores, el papado llega á una era de su existencia mas completa que ninguna de las precedentes. Toca á su término la reaccion que tuvo lugar contra ella en el espíritu público, á causa de los sucesos de la edad media. Se ha comprendido que la naturaleza de su poder en aquella época provenia de las circunstancias, y no de las pretensiones; que su influencia habia sido favorable á los pueblos, á la Europa, y á la humanidad; que en el fondo defendian los papas en la libertad de su eleccion, en la santidad de los matrimonios, en la observancia del celibato eclesiástico, y en la integridad de la jerarquía una causa justa y civilizadora. Se ha comprendido que el soberano pontífice no podia estar bajo la dependencia de ningun príncipe cristiano, y que su independencia, esencial á la religion, lo es tambien á la paz de los diferentes estados. Ya no existen el imperio romano, ni el imperio de Oriente, ni el imperio de Occidente; ninguno puede tener pretensiones á dominar la Santa Sede, y el derecho público europeo le concede una neutralidad honrosa en las guerras que se hacen las distintas potencias. Si por otra parte examinamos lo que es la supremacía espiritual de los papas, la vemos asegurada por diez y ocho siglos de una posesion combatida solamente, aunque en vano, por el cisma y por la herejía. Vemos destruido el jansenismo, propendiendo á su ruina el protestantismo, envilecido el cisma griego en Oriente bajo el yugo de los Rusos y de los Turcos, vemos al mahometismo agotado; y en suma, vemos donde quiera al error gastado, lánguido ó marchito; mientras que la Iglesia romana, siempre la misma y asistida por Dios de continuo, permanece esta-

ble sobre los escombros de lo pasado. Brillan en su cuerpo las cicatrices que los sucesos le han causado, y hacen mas difícil el acceso de la espada. Conserva de la era del martirio el valor pasivo contra la persecucion; de la era del bajo imperio la ciencia de las situaciones dudosas; de la era de Carlo Magno la soberanía; de la era de Gregorio VII la inteligencia de los grandes pensamientos políticos; de la era de la reaccion un conocimiento mas profundo de sí misma y de los demás, y de la era presente una invencible esperanza en Dios. Si no veis todavía á las claras su actual triunfo, consiste en que nunca es visible en un momento dado el triunfo de la Iglesia. No fijándose mas que en un punto en la extension de los siglos, parece próxima á perecer la barca de Pedro, y los fieles se hallan siempre prontos á exclamar: *Señor, sálvanos, que perecemos* (1). Pero fijándose en toda la serie de las edades, aparece la Iglesia en todo su vigor y en toda su lozanía, y se comprende aquella frase de Jesucristo durante la borrasca: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste* (2)?

(1) S. Mateo, cap. 8, vers. 25. — (2) S. Mateo, cap. 14, vers. 31.